



Manantiales

Demasiado para mí

Alberto Llanes
Universidad de Colima

Era un locuaz estudiante de literatura en la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima cuando circulaba un documento al que siempre rechazé; me refiero al título de la autora mexicana, aunque de nombre (o apellido más bien) no lo parezca: Sara Sefchovich.

Cuando menciono en la frase anterior que circulaba, me refiero a que era común ver el libro a la venta en las librerías; después ya no lo volví a ver. Así pasa, supongo. Estoy hablando del libro *Demasiado amor*¹ y a mí se me hacía que eso era así, *muy demasiado*.

Pensaba entonces que esa novela me iba a empalagar. Sí. Me dejé llevar por el título, pues. El libro siempre lo dejaba de lado, lo tomaba, lo leí (la cuarta de forros) y lo volvía a dejar. Lo tomaba de nuevo, veía la foto de la portada, algo no me gustaba y lo volvía a dejar. Regresaba entonces a él, leía que era demasiado el amor y que la autora no me decía nada por su nombre y lo volvía a dejar en su lugar. Luego regresaba y veía el precio e irremediablemente sucedía exactamente lo mismo. Lo dejaba para una mejor ocasión, pero ¿cuál mejor ocasión? Pues justamente este momento que estoy viviendo ahora mismo. Hoy. Porque de haberlo leído antes no creo que hubiera tenido el impacto que tuvo, que está teniendo en mí.

¹ Sefchovich, Sara (2001). *Demasiado Amor*. España: Alfaguara.



Siempre he tenido la loca idea de que la lectura... de que un libro... lo busca a uno y que hay momentos para todo, para todo.

“Todo llega a su debido tiempo”, era una frase que mis padres me decían cuando era niño, adolescente, pero uno a veces quiere vivir de prisa, de golpe, de pronto ser una persona grande y hacer y deshacer, y de eso no se trata esto que llamamos vida. Claro que cuando uno ya es grande y se da cuenta de que ni puede hacer ni tampoco puede deshacer tanto, es cuando entonces a uno le dan ganas de ser niño otra vez y disfrutar, y brincar, y correr, y gritar, y comer dulces, y andar todo alborotado, pero resulta que uno ya es grande y que ya no disfruta como antes, que se agita al brincar, que se cansa al correr, que ya no tiene la voz para estar gritando, que si comes dulces te sube el azúcar, y de que ya ni siquiera podemos traer el cabello todo alborotado, porque no tenemos nada que alborotar porque tampoco tenemos cabello. En fin.

Era un tipo rudo por esos días, también por esos días recuerdo estar leyendo mucho a José Saramago y todo él era lo que compraba para leer y entonces Sara Sefchovich se me hacía nada, poca cosa. ¿Leer una novela romántica?, ¿yo?, por favor, pero no me daba cuenta de que Saramago también es bien romántico, o de que sus personajes son bien entrañables y que, dijera Oliverio Girondo: “Todo era amor y nada más que amor”. Así es. Era. Y fue.

Resulta que de pronto siento que soy un malagradecido con esta patria mía, con este país que tengo a mis pies, con esta ciudad, este terruño que piso, que camino y que ando. Que sudo, que me da de comer, aire, lugar. Que me da un nombre, un tiempo, un espacio. No sé, soy muy malinchista pero no en mala lid, sino que veo que este país (y desde que tengo uso de la razón) está en proceso de crecer; vienen y pasan gobiernos y todo queda ahí, en proceso; cada vez me doy cuenta de que los gobiernos no sirven, los que hemos tenido, los que nos han tocado y entonces de crecimiento y subdesarrollo no pasamos.

Dicen que uno se merece el gobierno que tiene, no estoy tan seguro de eso, y no creo que México (país que lo tiene todo) se merezca más saqueo desde que fue, supuestamente, descu-

bierto el continente americano, que yo diría que no fue descubierto, no, fue saqueado por los españoles que nos “conquistaron”, así, entre comillas, pero bueno, eso es otro tema que da para una tesis. Aquí vamos a hablar del *Demasiado amor* que le tiene Sara Sefchovich a México, que es el amor que le debemos tener a un país que lo tiene todo y que nos lo da todo, pero, humanos que somos, tontos que somos, nangos que somos, no sabemos, no queremos, no nos da la gana aprovechar nada.

*

El asunto es que mi maestra —a quien le debo mucha enseñanza, mucha lectura de obra, muchos días de trabajo lector y de corrección de textos—, me refiero a Guille Cuevas, en alguna ocasión mencionó la obra de Sara Sefchovich; fue una ocasión maravillosa, una vez que Guille y yo compartíamos una mesa; ella daría una charla sobre comida y literatura y yo sería su presentador-moderador. Así que ahí estábamos, cosa curiosa, en el auditorio de la Falcom,² auditorio que nos ha visto crecer como personas, como profesionales y al cual siempre regresamos (como los buenos asesinos, que siempre regresan al lugar del crimen).

Entonces algo hizo *clic* en mí. Algo campaneó y Guille Cuevas estaba hablando de esa novela, de ese pedazo de novela que es *Demasiado amor*. Y entonces vi que el comentario hizo *clic* también en el público; la doctora Alma Rosa (que se hallaba ahí) al finalizar Guille su intervención dijo que esa novela de Sara Sefchovich era una verdadera delicia en muchos sentidos, y entonces ya no lo dudé más. Mi primer instinto fue que debería comprar y leer ese libro.

Salí de esa charla con la idea firme, y como en una nube de todo —nube inmensa—. Cuando un libro me gusta o escucho buenos comentarios lo quiero tener en físico, sí, puedo leerlo en PDF, pero aún soy el romántico del papel que lo quiere tener en físico, llevarlo a todos lados, olerlo, acariciarlo, sentirlo y no sé qué más. Por eso esa nube era grande y sentía que era el momento de

² Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima.



leerlo y pensé en todas las oportunidades que tuve de comprarlo y que, simplemente, las rechacé.

Creí entonces que a estas alturas del partido sería imposible encontrar el libro de nuevo, con celofán y toda la cosa; aunque a estas alturas sin celofán era ideal, no me importaba que ya lo hubieran leído otros ojos, que lo hubieran tocado otras manos, que estuviera en otro lugar antes que conmigo, a mi lado, junto a mí.

Guille me dijo que ella lo tenía y que me lo podía prestar; sin embargo, no me gustan los libros prestados porque tienen un gran defectazo: hay que regresarlos. Así que le dije que sí pero, como la canción, no le dije cuándo, y no hemos vuelto a tocar el tema o no lo volvimos a hacer. Por eso mismo odiaba y odio a la fecha, aunque cada vez es menos común, alquilar películas. En fin.

*

Tuve pues la oportunidad de ir a visitar en vacaciones a mi entrañable amigo César Anguiano, quien tiene una librería en Ciudad Guzmán, Jalisco. Iba con la intención de vacacionar pero dije: "pues ya que tiene una librería", y entonces, una cosa llevó a la otra. Pasaron algunos días luego de esa maravillosa charla que dio Guille Cuevas y que hasta me dieron ganas de aprender a cocinar y de leer a Sara Sefchovich cuando salí de ahí. El caso es que fui con mi amigo César. Como siempre, nos recibió de lujo, con vino tinto, comida, la amistad que nos caracteriza y así, y nos fuimos a su casa y luego de una noche de plática, convivio, vino y literatura (somos unos apasionados de verdad), nos ofreció quedarnos a dormir en su casa, en el cuarto de las visitas. Para no gastar en hospedaje y donde duermen dos, duermen cinco. Así que aceptamos su invitación, y podría decir entonces que... hasta ahí ese día.

Como es lógico, al día siguiente fuimos a su librería. Y aunque parezca increíble ya es costumbre, me la pasé literalmente esculcando sus estantes (viendo qué podría comprar con el dinero que llevaba para ese tipo de gastos). Hice el apartado de libros que siempre le hago cuando voy a visitarlo, donde me gasto

hasta... bueno, para qué entrar en detalles de dinero y esas cosas terrenales que a nadie le tienen que importar porque dicen por ahí que "el dinero es asco... el dinero es basura".

Decía entonces que revisaba sus estantes y recordé a Sara Sefchovich, de pronto a mi mente llegó ese título que encierra un *demasiado* y para colmo un *amor* en su mismo nombre, así que le pregunté a César que si entre sus curiosidades de librero (porque ya es todo un librero experto) tenía el documento que andaba buscando por doble recomendación. *Demasiado amor* —le dije— de... —iba agregar y ni me dejó terminar la frase porque él la completó— y me dijo que sí, que le acababa de llegar, que no era un libro nuevo pero que sí lo tenía, que me esperara, que lo iba a buscar, que no tardaba, que me lo tenía que leer, que regresaba en breve con el libro en la mano. Mi corazón se emocionó y no sé por qué jamás me había emocionado por un libro con ese título, pero en el fondo sé que soy un romántico suicida, como dice la canción de Emmanuel. Terrible. Me sucedió casi casi como el episodio de la niña del cuento *Felicidad clandestina*, de Clarice Lispector. Así me sentí, así me pasó. Como niño con juguete nuevo.

Entonces me vendió el libro. Lo tomé, lo hojee, por fin me reencontré con él. Descubro que es una novela publicada en 1990 por vez primera y que la edición que yo tengo es de 2001, editada bajo uno de los que otrora fuera mi sello editorial favorito: Alfaguara, así que hasta podría decir que me reencontré con ese sello que... bueno, ustedes ya saben, ha pasado a ser completamente de Santillana, y me encontré con una novela que haría que me reencontrara con muchas cosas más, así las cosas.

En el viaje a la tierra de Arreola y demás hombres y mujeres ilustres (como Consuelito Velázquez), obviamente no pelé el libro, estaba de viaje, con mis amigos, quería disfrutar de ese momento y nada más. Así que no iba a ponerme a leer en tanto estaba la gran tertulia, la gran charla con César, los momentos de caminata, de conocer, de ser y de estar. Eso bien lo puedo hacer en Colima (ponerme a leer con la gran calma del mundo). Aunque de pronto César me pasó un libro para que en mis ratos de estar ahí, en su casa, en Zapotlán el Grande, lo pudiera leer; obvio nada más me dejó



intrigado, y ahora quiero comprarlo y tener ese título, me refiero al texto de Reinaldo Arenas que lleva por nombre *Que trine Eva*, documento a su vez que viene dentro del libro *Viaje a la Habana*. Total. Llegué a mi ciudad y dejé el libro por algunos días sobre la mesa, en la cola de espera, haciendo fila. Antes había otros documentos que requerían mi atención, todo tiene orden y así es esto, por lo menos en cuanto a lectura se refiere.

Hace dos semanas, ya que voy a volver a salir de vacaciones pero ahora de diciembre, apareció el título otra vez. Claro, el título de Sara Sefchovich, ése que es demasiado para mí. Tomé valor, lo hojee (por segunda vez), la gente pensará que soy un sacatón pero hay que decidir si es el momento o no para leer un texto (a veces), y dos cosas me hicieron empezar a leerlo y no parar, como tiene que ser.

Lo primero fue el epígrafe de José Emilio Pacheco con que Sara Sechovich adorna y engalana la entrada de su libro. Me desarmó simplemente: "Los dardos del amor tienen su nombre: aullido y locura". ¡Pum!, si con eso no caen no sé entonces a qué le llaman cuando dicen que tienen un corazón, la verdad. Lo siguiente que me atrapó fue la primera línea, la del comienzo que, a decir de los grandes expertos, es la que tiene que ser el enganche con el lector: "Por tu culpa empecé a querer a este país". ¡Pum! Por segunda vez y en tan poco, poquísimo tiempo.

Fue como un ganchazo al hígado y me seguí, me seguí como hilo de media, de las mejores medias fabricadas en el país (esto es para iniciar *ad hoc* a la historia). Porque así es. Porque Sara Sefchovich hace un relato maravilloso no sólo de la variedad de comida que tenemos en todas las regiones de nuestro país (desde Tijuana hasta Cancún), sino de las catedrales, de los monumentos, de los edificios, de los oficios, de las tradiciones y de la religión; habla también de los jardines, los parques, los árboles, de las playas en donde una pareja es feliz y se la pasan haciendo el amor; de los Cristos, los rosarios, los sabores, los colores, las costumbres, la gente, la ropa, la indumentaria, los oficios, las minas, los gustos, los calores, el frío; de las camas que hay y de los diversos materiales con que están hechas, con cabecera o sin cabecera.

Habla igualmente de la flora y la fauna que se reúne en este país y que le da vida, que le da sabor, que le da variedad; de los restaurantes donde fueron felices (los personajes), de los viajes, de los sueños, de los fantasmas, de las formas de la vida, de las vasta vegetación y de la nula vegetación, del follaje, del mar, de los sitios donde se libraron intensas batallas, de los sitios donde no pasa nada o parece que no pasa nada; de los sitios que tienen una historia de amor, trágica, cómica, entrañable; del suelo que han pisado miles, millones de hombres que han sido libertadores, libertarios o esclavos y esclavizados; del oficio de las mujeres, del oficio más antiguo, de las calles y callejones, de los lugares que tienen fuentes, de las que no tienen, donde hace calor, donde hace frío, donde suena el mariachi, donde suena la marimba, donde se juega al fútbol, donde se prefiere el béisbol o donde no se hace nada y se teje ropa, o se cosecha; así que uno aprende a querer, en efecto, a este país, porque este país tiene de todo.

Lugares con bosque, lugares con mares, lugares con microclimas, lugares con macroclimas, lugares donde se usan botas, lugares donde es mejor el huarache, lugares donde la ropa falta porque hace frío, lugares donde la ropa sobra por el exceso de calor, lugares donde se prefiere comer caldos, sitios donde es preferible comer otra cosa y vamos recorriendo vidas, formas, aromas, ambientes, personajes, carreteras, espacios y tiempos y uno añora hacer un viaje así, largo largo, que dure lo que tenga que durar la vida, que sea eterno, prologando, para conocer, para conocer el terruño que es lo más importante para luego dar el gran salto y conocer el mundo que no debería tener ningún tipo de frontera, y ningún sitio se queda fuera de esta tremenda novela, y entonces uno se enamora de México, aunque en México no pase nada o pase todo, aunque México esté jodido o lo estemos jodiendo por nuestra culpa, grande y eterna culpa: por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa... Y por no hacer nada y quedarnos quietos, por dejar que nos pongan la bota encima, por dejar que nos opriman.

Y entonces los colores se intensifican y la música cambia y la comida resalta, y los olores, la gente, los quesos, los vinos, el tequila y el mezcal, la tuba y el tejuino, el pulque y el bate, el pozol,



los temazcales, los masajes, la hidratación, la brisa del mar o las *Palmeras de la brisa rápida* (como ya lo dijo y describió maravillosamente Juan Villoro), todo lo que es México se resume en esa novela y a uno se le pone la piel de gallina, se encoje el corazón porque no conocemos ni la mitad de los lugares que menciona Sara Sefchovich en ese entramado que va siendo México, que es México. Xochimilco y sus trajineras, el Pípila, el cerro de la Bufa, el Cañón del Sumidero, el lugar que es el ombligo del mundo y que está en Oaxaca: Monte Albán (lugar de dioses), y Chiapa de Corzo, y lo que es mejor es que cada lugar, cada pequeño o gran lugar está en este espacio que hemos denominado Tierra, que está en este pequeño espacio que se llama México, que es mi país (y el de tantos más), donde no ocupo visa para entrar o pasaporte para viajar, membresía para tener acceso. No, no se necesita nada de eso, ni siquiera hablar otro idioma, aunque sería bueno, buenísimo, hablar algún dialecto, porque México es una mezcla, es sincretismo y concretismo, es arte y es pasión, es drama también y cine, y fotografía, y teatro porque los teatros también aparecen en la obra, los bonitos, los modernos, los que tienen un poder exquisito en el estado donde se hallan, etcétera.

Y entonces, uno se enamora como se enamora la primera vez, con ese *Amor del bueno* —como dijera José Agustín— y todavía no hablamos de toda la gente ilustre que ha dado este país: Juventino Rosas, Alfonso Reyes, Juan Pablo Moncayo, Octavio Paz, Nezahualcóyolt, Sor Juana Inés de la Cruz, Héctor González Camarena, Elena Garro, Elena Poniatowska, Cristina Pacheco y todas las mujeres que se me escapan en este momento pero que sin ellas esto no sería nada, desde las soldaderas hasta las ilustres como Consuelito Velázquez, Sara García y las que vienen de fuera a quedarse y consolidarse como Libertad Lamarque, Sarita Montiel y la bruja del 71 Angelines Fernández, por mencionar sólo algunas.

Está también el ídolo de México: Pedro Infante, así como *Tin-tan*, Jorge Negrete, *Cantinflas*, Arturo de Córdova, Miroslava Stern, Rosario Castellanos, Jaime Sabines, y tantos más que han hecho historia, y que han hecho a este país o que lo han descrito como Carlos Monsiváis o Carlos Fuentes, Alí Chumacero y el maes-

tro Juan de la Cabada, Rubén Bonifaz Nuño y Efraín Huerta, Jorge Ibarguengoitia y José de la Colina, Lola Beltrán y María Félix, José José y José Alfredo Jiménez, *El Grillito Cantor* (Francisco Gabilondo Soler) y tantos personajes más; está de igual manera Juan Rulfo, Juan José Arreola, que han sido entrañables como Juan Gabriel y Blas Galindo, Ramón López Velarde y Manuel Payno.

Y así de variado es México, así de rico es México, así se lleva México en la piel, como dijera esa vieja canción. Multitonal, multifacético, así es este terruño donde nos tocó vivir, "aquí nos tocó vivir" dice Cristina Pacheco, viuda de José Emilio Pacheco, otro mexicano entrañable junto a Daniel Sada y Federico Campbell. Resalta también la figura del maestrazo Fernando del Paso, con quien estuve de paso en un baño en la Pinacoteca de la Universidad de Colima, lugar hermoso como el estado mismo.

¿Qué misterios tendrán tantos edificios viejos que recorremos día a día y que pasamos sin ton ni son? Innegable es hablar de todo esto, porque a todo pertenecemos y todo nos pertenece, porque es nuestro, porque están aquí, porque los podemos ver, los podemos palpar, los podemos sentir y es parte de nuestra identidad, de nuestra forma de ser mexicanos. Y sí, a veces siento un malinchismo hacia mi país, pero ya lo dije, en el fondo soy un romántico suicida y lo amo, porque aquí soy lo que soy, aquí tengo lo que tengo y no necesito más. Jack Dawson (personaje interpretado por Leo DiCaprio en la película *Titanic* de 1997 del director James Cameron) dice algo que no se me olvida, y no creo que se me olvide: "Haz que cuente", y creo que no hay nada más cierto que esa sencilla frase. El mismo Jack sigue diciendo:

Tengo todo lo que necesito aquí conmigo [en tanto le echa una mirada a Rose, personaje interpretado maravillosamente por Kate Winslet]. Tengo aire en mis pulmones y hojas de papel blanco. Me encanta despertar sin saber qué pasará o a quién voy a conocer, o dónde terminaré. La otra noche dormí bajo un puente y ahora estoy en el barco más grandioso tomando champaña con ustedes. Sírvame un poco más. La vida es un don y no quiero desperdiciarla. No se sabe qué mano tendrá después. Se aprende a tomar la vida como viene. Para hacer que cada día cuente.



¡Pum!, por tercera vez. Creo que no hay nada más cierto que estas sencillas frases que son dichas en el momento preciso.

*

Creo que esta pequeña novela, estas pequeñas frases, encierran tanto de cierto sobre la vida y sobre el amor, que no queda más sino leerla, porque la historia nos regala otra historia donde se ejerce —con sus cuatro letras— el trabajo más antiguo del mundo para poder subsistir en medio del trajín del trabajo de oficina y mandar dinero a una hermana que vive en Italia, de la que no sabemos mucho o no sabemos nada, sólo las peripecias que la hermana tiene que pasar, la de penurias por las que tiene que atravesar y la de hombres a los que les tiene que sacar, literalmente, el dinero (y no sean mal pensados y pensadas, o sí) para poder vivir y mandar algo a su hermana al viejo continente, donde sueñan vivir a la orilla del mar y tener una casa de huéspedes que les dé lo suficiente para vivir cómodamente el resto de sus vidas.

Si me preguntan que si recomiendo esta novela para su lectura, yo diría que no, no la recomiendo, la súper recomiendo, porque además llegó en el momento preciso, exacto, en que debía de leerla, si este documento lo hubiese leído antes es seguro que no hubiera causado tal efecto en mí.

Por eso digo que la literatura es magia, la literatura es pasión, la literatura es, a final de cuentas, vida. Y la vida tiene o nos da y recibe con *Demasiado amor*.